

aquella incertidumbre penosa, para sofocar los remordimientos de su alma con los goces de la codicia, resolvió inmediatamente disponer una nave para que fuese á las costas de la Jamáica, las explorase, averiguase la situacion de los náufragos y volviese inmediatamente á darle cuenta del estado en que se hallaban, para obrar en consecuencia.

En breves dias estuvo una carabela en disposicion de darse al mar.

En todo este tiempo logró Bartolomé Fiesco captarse la confianza de Ovando.

Un incidente vino á destruir su obra.

## Capítulo LXII.

Donde el diablo tira de la manta.

Una de las primeras cosas que hizo Ovando, fué llamar á Diego Escobar, capitan de uno de los buques recién llegados de la Península, que, como recordarán nuestros lectores, fué el que sirvió de intermediario á los rebeldes capitaneados por Roldan para reconciliarlos con Colon.

Era un hombre de carácter dócil. Los enemigos del almirante habian logrado llevarle á su partido, y tanto por esta circunstancia, como por ser uno de los marinos más diestros é inteligentes, creyó Ovando que nadie mejor que él podia desempeñar la delicada mision que necesitaba confiarle.

Tenia que comprar á un hombre más; pero ¿qué le importaba si conseguia á un tiempo dos señalados

triumfos: la ruina, la muerte de Colon, y la usurpacion de su último descubrimiento?

Habló con él, y no tardaron en ponerse de acuerdo.

—¿Cuántos días necesitais, para daros á la vela con rumbo á las costas de la Jamáica?

—El tiempo necesario para abastecer de víveres el buque.

—Segun eso, ¿dentro de cuatro dias podeis partir?

—Estoy á vuestras órdenes.

—Os acompañará en calidad de piloto un jóven que ha servido á las órdenes de Colon, y que tiene más prisa de hacer fortuna que ningun otro.

—Ved que el que tengo es bueno.

—¿Qué importa? Necesitamos ese cómplice.

—Si lo creéis así, respeto vuestra voluntad.

—Yo os daré un pliego, y en las provisiones llevareis un pernil y una cuba de vino como regalo al almirante. Llegareis hasta su carabela, y si aún vive, haceis poner en sus manos el pliego y el regalo, y acto continuo regresais á darme noticia de cuanto veais. Pero si, como es de creer, ha muerto, y le han sobrevivido algunos de los náufagos, dadles pasaje á bordo y regresad con ellos.

Nuestros lectores saben ya que Escobar cumplió estrictamente las instrucciones que le habia dado Ovando.

Pero preguntarán: ¿cómo Bartolomé Fiesco no fué á bordo de la carabela, y si fué cómo no se presentó al almirante? ¿Cómo desempeñando las funciones de piloto no acercó el buque hasta las dos embarcaciones

donde estaban los españoles? Y una vez allí, ¿cómo no les dió la voz de alarma y favoreció un movimiento que hubiera dado por resultado para los náufragos apoderarse de aquella carabela?

Esto es precisamente lo que vamos á explicar.

Bartolomé Fiesco continuó disfrutando la confianza del gobernador de Santo Domingo hasta el dia mismo en que debia salir del puerto el buque que mandaba Escobar.

La noche anterior cenaron juntos, en compañía de Ovando, Escobar, Fiesco y algunos otros de los que debian ir á la costa de la Jamáica.

Estando en la cena anunciaron al gobernador que uno de los colonos de la Vega Real, el que desempeñaba las funciones de alcalde en el territorio de Guarionex, deseaba ver al gobernador.

Ovando mandó á decir con uno de sus pajes que esperase.

Cuando éste volvió, le dijo que el rencien llegado deseaba verle con urgencia.

—Vengo á participaros,—le dijo,—que esta mañana han llegado unos cuantos indios al territorio de mi jurisdiccion; habiéndolos conducido á mi presencia y no habiéndolos reconocido, les pregunté de dónde eran, y me respondieron que habian llegado de la Jamáica con un español á quien el almirante don Cristóbal Colon habia enviado á Santo Domingo.

—Si no teneis que decirme más que eso,—exclamó Ovando,—vuestro viaje ha sido inútil. Ese emisa-

rio está aquí sentado á mi mesa, y ya sé cuál es el objeto de su visita.

—Pero lo que quizás no sabeis, y yo he venido á comunicároslo, es que si ese hombre se llama, como me han dicho los indios, Bartolomé Fiesco, es una de las personas más adictas á Colón.

—Ellos os han engañado.

—Los indios, al exigirles yo que me dijeran toda la verdad, amenazándoles si me engañaban con la muerte, me han confesado que no ha venido solo. Que al mismo tiempo que él ha llegado á la costa de la Española otro de los más fieles servidores de Colón, á quien conoceréis sin duda, porque estuvo no há mucho á veres con otro mensaje de su jefe.

—¿Sabeis su nombre?

—Sí; los indios me han dicho que se llama Diego Mendez.

—¿Diego Mendez ha estado aquí?

—Y está; ¿no os lo ha dicho así Fiesco?

—Me lo ha ocultado.

—En ese caso, ya podeis figuraros hasta qué punto debeis fiaros de él.

Las palabras del colono fueron un rayo de luz para Ovando.

Fiesco no le habia dicho nada de Mendez, y aun habia más: le habia ocultado su llegada.

Aquellos indicios eran muy suficientes para sospechar que su cómplice le habia tendido un lazo.

Despidió al alcalde, dándole gracias por su celo, y antes de reunirse con sus convidados dispuso que sa-

lieran algunos soldados á recorrer la costa para buscar á Diego Mendez.

Acto continuo entró en el comedor, y ocultando sus sospechas, continuó decididor, expansivo, y sobre todo afectuoso con Fiesco.

La cena duró bastante, y á media noche se retiró á su habitacion, llevándose á Escobar.

Poco despues se presentó en el comedor un oficial.

—¿Don Bartolomé Fiesco?—dijo

—Yo soy,—contestó el jóven.

—Tened la bondad de seguirme de orden del gobernador.

—Con mucho gusto,—añadió Fiesco, sin sospechar lo que iba á sucederle.

Apenas salió de la habitacion, vió que le seguian cuatro soldados.

—¿Adónde me llevais?—preguntó.

—Tengo encargo de prenderos.

—¿A mí?

—A vos, sí.

—¿Por qué razon?

—Lo ignoro.

—Llevadme á la presencia del gobernador.

—Me es de todo punto imposible.

—Os lo suplico; os lo exijo.

—Es inútil; tengo orden de encerraros en uno de los calabozos del palacio é incomunicaros.

Fiesco no podia explicarse aquel cambio tan repentino.

Al día siguiente partió la carabela: él, desde su prision, oyó el cañonazo de leva, y aguardó con ansia que le juzgaran para saber cuál era la causa que había variado tan de raíz la actitud bondadosa del gobernador.

Sus esperanzas fueron inútiles.

Trascurrieron algunos días, y en ellos sólo vió á un carcelero que entró en su habitacion á llevarle agua y pan de cazabe.

Aunque Fiesco le habló, aunque trató de comprarle para que le dijera la verdad, aunque le hizo los mayores ofrecimientos para que le dijese cuál era la causa de su detencion, el carcelero no desplegó sus labios.

Tenia orden de no proferir una sola palabra y la cumplió al pié de la letra.

Al fin una noche oyó pasos en medio del silencio.

Poco despues se descorrió el cerrojo de la puerta que le aprisionaba, y se presentó un hombre con el carcelero.

—Seguidme,—dijo á Bartolomé.

Y le condujo á una de las habitaciones bajas del mismo palacio.

Los dos quedaron solos un momento despues.

Cuando el desconocido se cercioró de que nadie podia oírles:

—Tengo que hablaros,—le dijo,—por orden de dos personas, cuyos nombres producirán muy distinta impresion en vos. Pero yo os explicaré el enigma. Os

he traído á esta habitacion para hablaros en nombre de don Nicolás de Ovando y de don Diego Mendez.

Bartolomé Fiesco no pudo contener su asombro.

Nuestros lectores habrán comprendido ya que el desconocido era Sagredo.

## Capítulo LXVI.

Un plan raro.

Cuando Fiesco logró reponerse de su asombro, fijó una penetrante mirada en Sagredo.

La expresion de bondad que descubrió en su rostro, le tranquilizó algo.

—¿Podeis explicarme, caballero,—le dijo,—el enigma que encierran vuestras palabras?

—Nada mas fácil.

—¿Cómo mesacais de mi prision en nombre del gobernador de Santo Domingo, y me inspirais confianza en nombre de Diego Mendez?

—Todo puede explicar el deber y el deseo que tengo de salvar al almirante.

—¿Vos?

—Sí, pero no alzad tanto la voz; pudieran oirnos,

y conviene que sólo los dos escuchemos nuestra conversacion.

La ingenuidad con que hablaba Sagredo pareció tan extraordinaria á Bartolomé, que empezó á creer que aquello era un lazo que queria tenderle Ovando.

—¿Veo que dudais de mí?—dijo el anciano.

—¿Para qué ocultároslo? Es cierto.

—¿No os basta que os asegure que he visto á Mendez?

—Han podido muy bien prenderle como á mí; los indios que nos acompañaron han podido decir que llegamos juntos á Santo Domingo... ¿Quién sabe?

—Oidme y juzgad. ¿Creeis á Diego Mendez capaz de haber revelado á un enemigo, aunque le hubiese impuesto el más atroz martirio, la mision que le ha confiado el almirante?

—No.

—Y si yo os dijese que me la ha revelado, ¿creeis en mi fidelidad al almirante?

—Sí.

—Pues bien: Diego Mendez es portador de una carta para los reyes.

—¿Y quién me dice que no os habeis apoderado de él, que no le habeis arrebatado ese documento?

—Veo que sois desconfiado, y no intentaré convenceros con palabras. Vamos á los hechos.

Sagredo abrió una de las ventanas del cuarto en que se hallaban.

A muy corta distancia empezaba el mar, sobre el que una hermosa luna derramaba sus argentinos rayos.

—¿Veis en el puerto un buque?—dijo á Fiesco.

—Sí, es una carabela.

—Está preparada para partir mañana.

—¿Y qué quereis decirme?

—Quiero deciros que en esa carabela voy á salir mañana con direcion á España. Tengo orden de llevaros á bordo, y he ofrecido, al estar en alta mar, daros un tósigo y arrojaros al abismo.

Fiesco miró con asombro á su interlocutor.

Despues de una breve pausa:

—¿Qué pensais de todo esto?—le dijo Sagredo.

—Pienso que vuestra crueldad iguala á vuestra imprudencia.

—Tranquilizáos. Vos mismo habeis desempeñado aqui el papel de traidor. ¿Quereis el monopolio del engaño?

—Explicáos por Dios.

—La carabela saldrá mañana al mando mio, y vos vendreis á bordo. ¿No padremos muy bien embriagar al piloto, reemplazarle vos en el timon, virar hácia la costa de la Jamáica, tomar á bordo á Colon y á sus compañeros, conducirlos á España y allí pedir justicia á los reyes? ¿Qué os parece mi plan? Hablad con franqueza.

—Cualquiera que sea la intencion que os guia, estoy resuelto á seguiros.

—Para ello es necesario que en la entrevista que vais á tener con Ovando finjais deseos de seguirme.

—Así lo haré.

—Os permito dudar de mí hasta que os encargue del timon de mi buque; sólo os advertiré una cosa. Si dais á sospechar lo que hemos hablado, nuestra perdicion es segura, y nuestra perdicion es la del almirante, es la de todos los que están con él.

Terminada aquella extraña escena, cerró Sagredo la ventana.

—Voy á decir al gobernador,—añadió,—que estais dispuesto á seguirme.

—Id en buena hora.

Salió Sagredo, cerró con llave la puerta de la habitacion, y poco despues volvió á buscarle.

—Ovando os espera,—le dijo;—venid conmigo.

Le guió hasta la habitacion en donde esperaba el gobernador.

—Un error,—dijo Ovando,—me ha impulsado á aparecer á vuestros ojos como un enemigo. Pero estoy convencido de vuestra sinceridad, y para daros una satisfaccion, he dispuesto enviaros á España. El obispo Fonseca os recibirá á vuestra llegada, y le informareis sobre todo lo que os pregunte acerca del último descubrimiento de Colon; y como el infeliz almirante ha sucumbido, es muy posible que os dé un cargo importante en la expedicion que enviarán los reyes para recojer la herencia del almirante.

—¿Decís que ha sucumbido el almirante?—preguntó Fiesco, caminando de sombro en asombro.

—Tales son las noticias que me ha traído el capitán de la carabela que fué por orden mia á averiguar el estado de los náufragos.

Fiesco no dirigió ninguna nueva interrogacion á Ovando.

—Estoy á vuestra disposicion,—le dijo,—mandad lo que gustéis, y obedeceré.

El gobernador llamó á Sagredo y le presentó á Fiesco.

—Os confío á este jóven,—le dijo,—mañana saldrá con vos á bordo de la *Santa Eulalia*, y espero que le guardareis las mayores atenciones.

Despues se despidió de los dos con apariencia de la más afectuosa cordialidad.

Fiesco y Sagredo se retiraron.

Al dia siguiente los condujo unboteá bordo de la carabela.

Apenas perdieron de vista la tierra, llamó Sagredo al piloto.

—Mientras hablamos,—le dijo,—Fiesco dirigirá elgovernalle.

Una hora despues se acercó alimprovisado timonel.

—Ya es nuestro,—le dijo:—afortunadamente podemos dominar á los marinos. Virad hácia la costa de la Jamáica.

—¿No es esto un sueño?—preguntó Fiesco.

—¿Creeis ahora en mí?

—Sí, de todo corazon.

—El almirante acabará de convenceros.

La nave varió de rumbo.

Fiesco iba muy contento.

Sagredo habló á los hombres de la tripulacion, y no tardó en captarse su voluntad.

Empezó á anoecer, y casi instantáneamente estalló una tormenta.

Despues de correr un temporal desecho de dos dias, la carabela, desarbolada, llegó á una costa.

Era de caribes, y todos acudieron á la playa en actitud amenazadora.

Pronto sabremos el destino que la Providencia reservaba á aquellos dos leales amigos de Colon.

Atemos ahora algunos de los cabos que hemos dejado sueltos.